

## CAPÍTULO 23

### La tradición interpretativa: Erving Goffman

*María Eugenia Rausky, José Buschini y Mariana Di Bello*

#### Introducción: una sociología de lo infinitamente pequeño

En este capítulo nos dedicaremos a un autor habitualmente integrado por la literatura especializada a la tradición interpretativa: Erving Goffman (1922-1982). En particular nos planteamos cuatro objetivos:

- 1) Contextualizar la producción de su trabajo a la luz de su biografía y socialización intelectual.
- 2) Conocer los rasgos del enfoque denominado “Dramaturgia Social”, y los principales aportes de éste a la tradición interpretativa.
- 3) Ofrecer una presentación de la manera en que se aborda al autor en el espacio destinado a las clases prácticas, orientado a reconstruir la forma en que su perspectiva permite abordar los dos nudos temáticos transversales en la materia: la naturaleza de la acción y el problema del orden social.
- 4) Ofrecer un balance sintético de los aspectos destacados de su obra como así también de las críticas de las que ha sido objeto.

Goffman creó un enfoque sumamente original para el estudio de los fenómenos sociales: la dramaturgia o modelo dramático de acción. Al suyo, se lo denomina modelo dramático de acción ya que no describió la acción -como los utilitaristas lo hicieron- en tanto un movimiento impulsado por preferencias, que trata de maximizar el provecho, ni tampoco -como Parsons- como algo orientado por normas, ni aún como los pragmatistas o interaccionistas, que la entendían como un movimiento de exploración y búsqueda, sino como algo totalmente enraizado en la autorrepresentación, donde el objetivo es conservar nuestra propia imagen, aparecer ante otros como una persona determinada, para lo cual necesitamos escenificarnos y subordinar a esta escenificación todo lo demás (Joas y Knolb, 2016). De esa forma, Goffman ofrece una forma novedosa de analizar el micromundo, en la que éste es un escenario y los seres humanos sus intérpretes.

Para comenzar a delinear uno de los rasgos de su obra, basta con recuperar unas líneas escritas por Bourdieu que rápidamente nos permiten advertir algunos rasgos del proyecto goffmaniano. Para el sociólogo francés, uno de los mayores logros de este autor ha sido el de “introducir a la sociología en lo infinitamente pequeño, en las cosas que los teóricos sin objeto y los

observadores sin concepto eran incapaces de ver y que no se señalaban porque eran demasiado obvias, como todo aquello que no hace falta decir” (Bourdieu, 1983, p.112).

A Goffman se lo considera el miembro más fecundo y original de la post-escuela de Chicago, y dada la independencia y originalidad de su enfoque, se vuelve difícil situarlo claramente en alguna tradición.

Algunos estudiosos de la teoría sociológica, como por ejemplo Alexander (1997), suelen encuadrarlo en la tradición conocida como interaccionismo simbólico, en la que H. Blumer (1900-1987)<sup>329</sup> tuvo un papel preponderante. En rigor, se lo ubica como el mayor teórico de una de las cuatro líneas que se abren en esta tradición: aquella que reconoce la relevancia de la dimensión colectiva de la acción social, sin renunciar al énfasis en la iniciativa contingente. Otros autores, como Joas y Knolb (2016, p. 143), entienden que Goffman se sitúa “en los márgenes del interaccionismo simbólico”, mientras que estudiosos de su trabajo como Collins (1996) argumentan que su aparato teórico se basó más en la teoría durkheimiana del ritual que en la tradición estadounidense del interaccionismo simbólico, puesto que Goffman siempre recalcó que la estructura social es lo primero y que la conciencia subjetiva es un factor secundario y derivado. En efecto, Collins ubica a Goffman como uno de los representantes del ala microsociológica que se desprende de la tradición durkheimiana<sup>330</sup>, e incluso argumenta que quienes lo catalogan en el grupo de los interaccionistas simbólicos están poco informados, puesto que nunca fueron considerados por él como gente de mucha seriedad intelectual. Apenas si los mencionó en sus primeros trabajos y ni siquiera se dignó a criticarlos. Incluso, en un fragmento de la entrevista que Yves Winkin (1980)<sup>331</sup> le hace a Goffman, al preguntarle por el interaccionismo simbólico, él plantea lo siguiente:

El “interaccionismo simbólico” no existe. Los estudiantes formados por Hughes, Warner, Blumer, etc., se consideraban como sociólogos de las profesiones o de las relaciones industriales. Es “gente como usted” la que los ha llamado “interaccionistas simbólicos” (y Goffman se dirige a mí con un poco de irritación en la voz). El “interaccionismo simbólico” no tiene realidad: es sólo una etiqueta

---

<sup>329</sup> Blumer es quien acuñó el término “interaccionismo simbólico” en 1938. La noción de “interacción” alude a la reciprocidad de la acción. Retomando los trabajos de Mead –impulsor de esta tradición– se recupera la idea de que la sociología no considera al ser humano como una persona que actúa aisladamente, sino siempre en relaciones intersubjetivas. A su vez, la noción “simbólico” alude a que la acción como interacción está mediada por símbolos: actuamos utilizando sistemas simbólicos como los gestos, o el lenguaje (Joas y Knolb, 2016, p.133).

<sup>330</sup> Cabe destacar que para Collins (1996) la sociología de Durkheim se aplica tanto a la macroestructura en gran escala de la sociedad como a las microinteracciones mediante rituales en pequeña escala. El propio Durkheim fue quien añadió una aplicación micro cuando descubrió la teoría de los rituales. Por esa razón los durkheimianos terminaron divididos en dos alas, una de las cuales procedió de la teoría de Durkheim en el nivel macro de la división del trabajo y la estructura social, en general, y que avanzó hacia Parsons y los funcionalistas. La otra ala tuvo como punto de partida los seguidores de Durkheim en la antropología social, entre ellos su sobrino Marcel Mauss, y ha encontrado una aplicación moderna en el nivel micro, gracias a sociólogos como Erving Goffman. Esto explica que la tradición durkheimiana ocupe una posición tan destacada en la sociología, ya que a juicio del autor, ninguna de las otras tradiciones importantes tiene tal amplitud.

<sup>331</sup> Yves Winkin es un sociólogo belga que ha estudiado a Goffman. En este caso, se trata de una entrevista que le hizo en 1980 y que por pedido de Goffman no fue grabada. Goffman rechazó siempre las entrevistas periodísticas y solo aceptó hablar con el entrevistador de su carrera y de su obra con la condición de no sacar ninguna cita de la charla para publicarla. La entrevista publicada se basa en “apuntes tomados al vuelo” por el entrevistador.

que ha conseguido imponerse. La “gente como usted” se inventa un movimiento donde no hay más que individuos (Winkin, 1991, p. 211).

Sobre estas consideraciones de Goffman y sus vínculos con las distintas tradiciones teóricas volveremos más adelante. Ahora bien, más allá de esta dificultad para “encuadrar” al autor en relación con alguna tradición, no hay dudas de que el suyo se constituyó en un enfoque micro-sociológico fundamental, y a fin de comprender sus principales aportes comenzaremos explorando algunos aspectos de su biografía y trayectoria intelectual, recuperando elementos ligados a su socialización académica, lo que incluye su vínculo con figuras clave de la antropología canadiense y algunos de los sociólogos más relevantes de la Universidad de Chicago -donde completó su formación-, para luego adentrarnos en algunos de los rasgos distintivos de su matriz teórico-metodológica.

## Erving Goffman: biografía e influencias intelectuales

Winkin<sup>332</sup> plantea que la obra de este autor es en sí misma una autobiografía, algo que puede resultar curioso puesto que él no aludió nunca a su vida privada en sus escritos, no recurrió nunca a sus recuerdos para ilustrar sus argumentos, no practicó nunca la entrevista, ni el texto de memorias, ni el diario. Su vida privada parece totalmente opaca e independiente de su obra. No obstante, propone pensar que Goffman reproduce indefinidamente en su obra la posición que ocupa en la estructura social (Winkin, 1991).

Según sus biógrafos, Erving Goffman nació el 11 de junio de 1922 en un lugar de la provincia de Alberta llamado Manville, en Canadá. Hijo de judíos ucranianos emigrados, Goffman pasó su infancia y su primera adolescencia en Dauphine, al norte de Winnipeg, donde sus padres poseían un pequeño comercio. Como en muchos otros casos en la historia de la sociología, su condición de judío lo marcó profundamente. Desde muy joven tuvo que aprender a lidiar con los problemas que en la interacción implica la pertenencia a un grupo estigmatizado. En efecto, años más tarde –en 1963-publicará el libro “Estigma”, término que utiliza para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador en las interacciones sociales.

Goffman ingresó en la universidad en 1939. Se quedó en Winnipeg, en la Universidad de Manitoba y eligió estudiar química. En 1943, estaba en Ottawa, en el *National Film Board* -no se sabe muy bien cómo llega allí-, pero sí se reconoce que su paso por esa institución es fundamental en su carrera:

En la moviola, la fabricación de la “realidad” aparece como un hecho objetivo, tangible, que puede descomponerse en elementos cada vez más pequeños.

---

<sup>332</sup> Para reconstruir la biografía e influencias intelectuales de E. Goffman nos basamos en el trabajo de R. Collins (1996), en el de Y. Winkin (1991) y en la publicación de B. Lozano Maneiro (2003).

Los detalles son verdaderos, indiscutibles, pero el conjunto es arbitrario: se monta, desmonta y se vuelve a montar como se quiere. La vida social no es, pues, tanto teatro como cine de montaje (Winkin, 1991, p. 20).

En 1944, Goffman se hizo amigo de D. Wrong, un joven sociólogo que lo invitó a la Universidad de Toronto. Allí le han permitido estudiar materias sueltas, con las que podrá obtener el diploma de Sociología. Los cursos que tomó lo llevan a conocer la obra de Émile Durkheim y de Gregory Bateson. Su *habitus* sociológico empieza así a formarse bajo la premisa fundamental de la determinación social de todos los actos, incluso de los más íntimos y cotidianos. Tres son las figuras que despiertan en él su vocación como sociólogo: una estudiante de psicología, interesada en la antropología: E. Bott y dos profesores, uno de ellos Ch. Norton Hart –formado por Radcliffe Brown-, y el otro, R. Birdwhistell, joven antropólogo de 26 años que empezó a enseñar mientras terminaba su tesis en la Universidad de Chicago. Éste último focalizó en sus clases la necesidad de comprender que lo social penetra hasta en los ínfimos actos cotidianos. Los gestos son, por tanto, tan susceptibles de análisis sociológico como las instituciones y otros hechos sociales. Goffman dirá posteriormente que esta demostración era muy innovadora para la época y se apasionará por este tipo de enfoque.

Goffman se licenció en 1945, y debió decidir dónde continuar sus estudios. Elige, influido por su profesor R. Birdwhistell y por su amiga E. Bott, la Universidad de Chicago<sup>333</sup>, donde se va a moldear su segunda matriz intelectual “el aprendizaje racional del oficio”. Lo interesante, según Winkin, es la manera en que ese hábito científico -todavía en ciernes- viene a reforzar el hábito de clase y a reflejar la primera matriz intelectual, la aprehensión fílmica de la realidad. Goffman comienza a guiar científicamente sus preocupaciones personales en materia de categorización social y, por otra parte, un proceder muy visual, basado en la observación del detalle que revela el conjunto.

Allí, los primeros profesores de Goffman fueron sus propios compañeros de clase. Saul Mendlovitz, uno de sus mejores interlocutores, está fascinado por el fenomenólogo husserliano G. Ichheiser. Mendlovitz ha leído todo lo que ha escrito y se lo ha pasado a Goffman. Parece claro que el artículo de Ichheiser, publicado en 1949 en un suplemento del *American Journal of Sociology*, titulado “Los Equívocos en las Relaciones Humanas” es uno de los principales textos inspiradores del pensamiento goffmaniano. Goffman, a su vez, está deslumbrado con los libros de

---

333 La Universidad de Chicago, y su departamento de sociología tuvieron un papel de suma relevancia entre fines del S. XIX y las primeras tres décadas del S. XX, momento de institucionalización de la disciplina. Su signo distintivo era el trabajo empírico e interdisciplinario, aunque también ha producido significativos aportes teóricos, como lo fue el pragmatismo. Para los chicaguenses Harvard y Columbia eran más ambiciosas. En estas instituciones Parsons y Merton se consolidaban como teóricos, pero para los sociólogos de Chicago, sus trabajos carecían de trabajo de campo. Cualquier estudiante que entraba allí sabía que figuras importantes de la sociología norteamericana, desde W. Thomas hasta R. Park, habían pasado por dicha institución. Además, la primera revista estadounidense de sociología: el *American Journal of Sociology*, se editaba, desde su fundación allí. Todos estos eran motivos que favorecen el reconocimiento del orgullo que un estudiante podía tener por pertenecer a dicha institución. Sin embargo, el momento en el que Goffman ingresa a la institución es el de la pérdida de su hegemonía. En EEUU hacia mediados de los años 30, se produce una transformación en la jerarquía académica y las Universidades de Harvard y Columbia, donde impartían cátedra Parsons y Merton, se habían convertido en los lugares de estudio de mayor prestigio (Joas, 1995; Winkin, 1991).

Kenneth Burke: *Permanence and Change*, publicado en 1935, y *A Grammar of Motives*, publicado en 1945. Probablemente, en ellos atisbó el modelo “dramático” de las relaciones humanas. Paralelamente, docentes como William Lloyd Warner –que llevó la perspectiva durkheimiana a la sociedad estratificada moderna, centrando la atención en sus rituales- y Everett Hughes, ejercen una significativa influencia en él.

Warner incorporó los rituales antropológicos al análisis de la vida moderna de todos los días. Goffman fue su asistente de investigación en la Universidad de Chicago y, para Collins (1996), pudo llevar el análisis un paso más adelante que su maestro: mientras que Warner se ocupó de los ritos formales y obvios de nuestras vidas, Goffman descubrió rituales que no concebimos en lo cotidiano como tales, pero que permean todos los aspectos de nuestros encuentros sociales. Uno de los rituales que formuló con mayor claridad es el de los buenos modales. Goffman señala que en esos rituales representamos pequeñas idealizaciones de nosotros mismos y de los demás. “¿Cómo está usted?” es un saludo que no se debe interpretar en forma literal: se trata en realidad de una fórmula simbólica con la cual alguien expresa que le concede a la otra persona el suficiente status para merecer que se le trate como individuo (no ocurre lo mismo en una situación comercial donde la persona se presenta ante una ventanilla y dice sin ceremonia alguna: “Dos entradas para la función de la noche”). Cada uno de esos rituales le otorga cierta deferencia a la otra persona y reclama al mismo tiempo el status para quien lo emplea, al mostrar que se trata de alguien que sabe cumplir con todas las formalidades de la “cortesía”. Las conversaciones –sobre esto volveremos luego-, en su totalidad, pueden ser ritualistas en este sentido, como cuando dos personas conversan en una reunión e intercambian datos acerca de su trabajo o el clima, sin que ninguna de las dos partes esté particularmente interesada; sin embargo, el intercambio puede ser del todo satisfactorio para ambos si en él se negocia un vínculo ritual entre dos personas que están lo bastante enamoradas de sus respectivos status.

En 1949, Goffman se graduó y presentó su tesis de *Master of Arts* “Características de la Reacción a la Experiencia Figurada”, su primer trabajo escrito. Dicho año, no es solo el año de la tesis sino también el año en que viaja a Edimburgo y las islas Shetland. Allí, en una pequeña sociedad rural insular decidió hacer el trabajo de campo para su tesis doctoral, concentrándose en el estudio de la interacción conversacional. Define que el fin de su investigación es aislar y fijar las prácticas regulares de lo que se llama la interacción cara a cara:

Trata de hacerse lo más aceptable posible para los habitantes, no haciéndoles demasiadas preguntas, ni mirándolos con los ojos desorbitados. Por tanto, nada de cuestionarios, ni grabaciones, ni cámara. Al principio, durante las celebraciones públicas, toma algunas notas a escondidas. Después, más conocido, y antes participante observador que observador participante, simplemente vivirá las interacciones y las anotará en su diario por la noche, en la calma solitaria de su cabaña. Participa, así, en la mayor variedad posible de situaciones en que se encuentren los miembros de la comunidad, trátense de bodas, entierros o “veladas” (Winkin, 1991, p. 51).

En 1951, finalizado su trabajo en las Islas Shetland, pasó un año en París, donde escribe su tesis doctoral, volvió a Chicago y en 1953 defendió su tesis titulada “Conducta comunicativa en una comunidad isleña”.

A su regreso en Chicago, trabajó un tiempo para una empresa de investigación en ciencias sociales aplicadas, de Warner, y luego se trasladó a Washington –junto a su esposa, con quien se casó en 1952<sup>334</sup> e hijo- a estudiar “desde dentro” la vida en una gran institución psiquiátrica: el Hospital Saint-Elizabeth. Allí, siguió el procedimiento que empleó para su tesis doctoral: vivir dentro de una comunidad, al paso de los sucesos cotidianos. Esto es lo que Goffman publicará más tarde en 1961 en su libro *Internados*, basado en su experiencia en el psiquiátrico.

A fines de 1957, H. Blumer lo invitó al Departamento de Sociología de la Universidad de California-Berkeley. En 1968, dejó Berkeley por Filadelfia, donde en el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Pensilvania se le ofreció un espacio sumamente prestigioso: la cátedra Benjamín Franklin. Las condiciones de trabajo allí fueron muy óptimas puesto que tenía una carga docente muy baja y por ende, tiempo para desarrollar sus investigaciones y catalizar su creatividad.

En 1981, se volvió a casar y tuvo una hija. En 1982, fue elegido presidente de la *American Sociological Association*. Sin embargo, el discurso que tenía preparado para la reunión anual, titulado “El orden de la interacción”, no pudo ser presentado por él ya que estaba hospitalizado. Murió de cáncer en noviembre de 1982 en Nueva York.

A lo largo de su vida, publicó 11 libros y 16 artículos, todos ellos aportes sumamente relevantes al campo de la microsociología, donde fue capaz de revelar hasta los detalles aparentemente más ínfimos e intrascendentes de las formas de la interacción, las rutinas comunicativas y, en general, el contenido del mundo de la vida cotidiana.

## **Goffman: rasgos principales de su propuesta teórica**

De acuerdo con Galindo (2015), dentro de los autores contemporáneos de la sociología, Goffman ocupa un lugar muy particular. A diferencia de Parsons, Luhmann o Bourdieu, no desarrolló un gran marco de teoría capaz de dar cuenta de todos los aspectos de lo social. Sus reflexiones tampoco se caracterizaron por su carga normativa. La suya no es, en definitiva, una “teoría crítica de la sociedad” como la de la Escuela de Frankfurt. Para una disciplina tan acostumbrada a admirar solo a quienes han edificado “grandes teorías”, resulta complicado reconocer la contribución de un investigador caracterizado por un enorme grado de especialización en su aporte, por la poca fidelidad a sus conceptos que en Goffman parecen estar siempre acompañados de la etiqueta: “después de usar, favor de tirar”, ya que para él lo importante es dar cuenta de una realidad-, por haber vivido una vida que lo llevó de un posición marginal en un pequeño poblado del Canadá a la gran élite intelectual y

---

334 Su primera esposa padecía importantes trastornos psíquicos, y terminó muriendo a causa de ello en 1962.

económica de los Estados Unidos, y por escribir en un estilo tan cargado de ironía que le ha valido ser visto por más de uno como un pensador cínico. Goffman no fue alguien promedio y si bien el hecho de haber consolidado al ámbito de la interacción como un objeto de estudio pertinente para la sociología ya le habría dado un lugar especial en la historia de la disciplina, él hizo mucho más, haciendo que sus aportes trasciendan el ámbito de la interacción. Ciertamente, la de Goffman es una sociología de la interacción, pero a partir de ella podemos llegar a aprender mucho sobre aspectos más generales de la estructura de la sociedad moderna.

La interacción social ha constituido, indiscutiblemente, el objeto de investigación privilegiado de la obra de Goffman:

La interacción social puede definirse en sentido estricto como aquella que se da exclusivamente en las situaciones sociales, es decir, en las que dos o más individuos se hallan en presencia de sus respuestas físicas respectivas (...) Mi intención durante todos estos años ha sido conseguir que se aceptase como analíticamente viable esta área «cara a cara» -que puede denominarse el orden de interacción, por ponerle un nombre cualquiera- cuyo método preferencial de estudio es el microanálisis (Goffman, 1982, pp. 173-174).

A lo largo de su carrera, Goffman analizó en profundidad este tipo de relación social, así como sus principales características, reglas, normas, mecanismos, lógicas de funcionamiento y el tipo de acción social que le es constitutivo. No obstante, en las lecturas que se han hecho sobre su trabajo, se ha obviado que el problema central que guía sus intereses investigativos es el de las condiciones de posibilidad del orden social, el cual debía ser revisitado a la luz del reconocimiento de la complejidad involucrada en las dinámicas interactivas (Gonnet, 2020).

Goffman encontró que las teorías del orden social disponibles en la sociología de mitad del siglo XX resultaban inadecuadas para explicar el orden en contextos interactivos y, por tanto, eran insatisfactorias como teorías generales. En el marco de esta constatación, se configuró paulatinamente la hipótesis del “orden de la interacción” entendido como un orden de regulación social particular e irreductible a este tipo de situaciones. Pensar el orden de la interacción *sui generis* fue una nueva idea en el campo de la sociología (Rawls, 1987).

Ahora bien, él advirtió acerca del error de buscar en la interacción la respuesta al problema general del orden social, así como también el de reducir la sociedad a una suma o agregado de interacciones. También entendió que una teoría general del orden social estaría incompleta si no considerase a las interacciones como un tipo de ordenamiento específico; del mismo modo que sería parcial una teoría de la sociedad que no tuviera en cuenta las complejas dinámicas interactivas y cómo estas repercuten en su funcionamiento.

Resulta interesante destacar -como lo hace Winkin (1991)- que entre la noción de “sistema” y la de “orden social” hay, tanto en Parsons como en Goffman, una especie de parentesco. Para Parsons, la sociedad posee sus mecanismos autorreguladores, que mantienen el orden: el orden social. Para Goffman, la interacción posee sus mecanismos autorreguladores, que mantienen el orden: el orden de la interacción. Pero estos mecanismos autorreguladores son tan frágiles como el orden que

protegen. Tanto para Parsons como para Goffman, el mundo social es precario y nunca tiene garantizado el orden. En el caso de la interacción, los actores harán cualquier cosa por evitar el “embarazo”, la sanción que afecta tanto a las víctimas como a los causantes cuando éstos infringen las reglas, provocando el desorden. Un ejemplo muy simple es el siguiente: si en una conversación, una persona arroja saliva a otra, lo más habitual es que aquel que recibió la saliva, haga como si nada pasó, y eso se hace porque para Goffman hay un “compromiso de convivencias”. En general, las personas hacemos esfuerzo por evitar cualquier tipo de escenas. De ahí la proposición de Goffman: “A veces, es preferible entender la interacción, no como una escena de armonía, sino como un orden que permite librar una `guerra fría`”.

De esta manera, llego más lejos que Parsons en su respuesta a la pregunta por el orden social. La sociedad no es una guerra de todos contra todos, no porque los hombres vivan en paz sino porque una guerra sería demasiado costosa. Sin embargo –para reforzar lo que más arriba dijimos- Goffman se va a centrar en un tipo de orden social, el que ve en la interacción. Los demás órdenes no son cosa suya, y no tratará de articularlos a aquello que le preocupa. El tipo de interacción al que dedicará su atención es la conversacional, para Goffman el lenguaje tal como se habla, será su objeto de análisis. A continuación recuperaremos algunos fragmentos de su trabajo “El olvido de la situación” (1964), en el que se explica sobre ello.

Goffman insiste en que las corrientes que estudian la conducta oral –correlacionista e indicativa- resultan problemáticas e insatisfactorias, en parte porque omiten en sus análisis la relevancia que tiene la situación social, para lo cual exige un examen propio, semejante al que se le concede a otras formas de organización social. En palabras del autor:

(...) Yo definiría una situación social como un medio constituido por mutuas posibilidades de dominio, en el cual un individuo se encontrará por doquier asequible a las percepciones directas de todos los que están “presentes”, y que le son similarmente asequibles. Según esta definición, hay situación social tan pronto como dos o varios individuos se encuentran en mutua presencia directa y sigue habiéndola hasta que se vaya la penúltima persona. Quienes se hallan en una situación determinada pueden definirse como una reunión aunque parezcan aislados, silenciados y distantes, o aun sólo presentes temporalmente. La manera como los individuos deben comportarse en virtud de su presencia en una reunión se rige por reglas culturales. Cuando se respetan, estas reglas de orientación organizan socialmente la conducta de los implicados en la situación.

(...) La participación en una reunión significa siempre coerción y organización, pero hay disposiciones sociales especiales que originan una estructuración de las conductas, complementaria, o más importante, para todos o algunos de los presentes. Así, a dos o varias personas implicadas en una situación social, es posible el ratificarse mutuamente como apoyos autorizados de un objeto particular de atención visual y cognitiva, aunque se trate de un objeto móvil. Estas tentativas de orientación conjugada podrán llamarse encuentros o implicaciones cara a cara, que encierran una atención mutua y privilegiada a todo modo de comunicación, así como, típicamente, una aproximación física que constituye



una morada ecológica, dentro de la cual los participantes se vuelven unos a otros, apartándose de quienes están presentes en la situación sin participar oficialmente en el encuentro. Hay reglas claras que rigen el principio y fin de los encuentros, la llegada y partida de los participantes, las exigencias que puede plantear un encuentro a sus miembros y el decoro visual y sonoro que debe observarse ante los presentes en la situación, pero fuera del encuentro. Desde luego, tal reunión social puede no comprender ningún encuentro, sólo participantes sin implicación, vinculados únicamente por relaciones de interacción dispersa. Otra puede comprender un encuentro que reúna a todas las personas presentes en la situación, orden favorable a una interacción sexual. Y otra puede comprender una implicación asequible, que debe desarrollarse en presencia de participantes no implicados, o paralelamente a otros encuentros.

Son ejemplos de encuentros las peleas de boxeo, las parejas en las pistas de bailes, etc. Todos ellos ilustran la organización social de una orientación conjugada momentáneamente; todos forman un entrelazado ordenado de actos de cierto carácter. Con esto quiero decir que el habla ocurre (cuando ocurre) dentro de tal condición social. Lo que se ordena en ellos no son puñetazos ni pasos de baile, sino turnos de habla.

(...) El acto de habla debe referirse siempre al estado de habla sostenido por cierto turno de habla. Este estado de habla necesita de un círculo de locutores aceptados como co-participantes -el discurso solitario, o la conversación entre locutores no ratificados, como se produce en la conversación aparte, o al teléfono, debe entenderse en primer lugar como una desviación de la norma; si no, se habrán perdido su estructura y su sentido-. El habla está ordenada socialmente, no sólo por la distribución de los locutores y de los registros lingüísticos, sino también como un pequeño sistema de acciones de cara a cara, mutuamente ratificadas y ritualmente conducidas. Es, en otras palabras, un encuentro social. Una vez confirmado cierto estado de habla, debe haber indicios para pedir y dar la palabra y para informar al locutor sobre la estabilidad de la concentración de atención que recibe.

(...) En cierto plano de análisis, por tanto, son dos cosas diferentes el estudio de los enunciados que pueden transcribirse y el estudio del habla. En este mismo plano de análisis, el de los turnos de habla y lo que se dice en ellos, forma parte del estudio de la interacción cara a cara. Esta tiene sus propias reglas, tiene procesos propios y estructura propia. Estos procesos y esta estructura no parecen de carácter intrínsecamente lingüístico, aun cuando su expresión tome a menudo forma lingüística (Goffman, 1964, pp. 132-134).

La relevancia del aporte de Goffman aquí está en que su objeto es el lenguaje como habla, como conducta. Al proponer hacer una etnografía del habla, Goffman se transforma en el único sociólogo de su generación que lleva tan lejos el análisis del lenguaje en acto (Winkin, 1991)<sup>335</sup>.

---

<sup>335</sup> En el texto de Rawls (1987) se relativiza esta idea, y se plantea que hay quienes entienden que su posición sobre el lenguaje y la comunicación es menos original de lo que se cree.

Continuemos, siguiendo la propuesta de Gonnnet (2020), con otros elementos que nos permiten seguir dando forma a su propuesta. Dijimos que las interacciones se encuentran compuestas por actos de comunicación. De aquí que Goffman considere adecuado analizar las interacciones como procesos o dinámicas conversacionales. Los individuos participan en las interacciones debido a que, a través de ellas, pueden cumplir con ciertos fines y objetivos más o menos conscientes. La sociedad, por su parte, requiere que los individuos interactúen en tanto de esto depende, en parte, su reproducción. Lo que garantiza el desarrollo de las interacciones es la expectativa de que los demás contribuirán a su adecuado y normal desarrollo.

Debe resaltarse que no es una expectativa en torno al comportamiento del otro, sino alrededor de la contribución al funcionamiento de la interacción. Sin esta expectativa, sería improbable la interacción. No obstante, esta expectativa es siempre pensada como una condición puesta permanentemente a prueba. Goffman considera que esta expectativa trata de garantizarse a través de sutiles sanciones positivas y negativas.

Por último, toda interacción social se desarrolla en contextos sociales más amplios con los cuales mantiene ciertos vínculos de dependencia. A pesar de esto, la interacción tiene márgenes de libertad. Así, el funcionamiento de la interacción puede ser más o menos funcional en relación a su medio. Es decir, puede contribuir, condicionar o limitar el funcionamiento de aquellos órdenes sociales al interior de los cuales opera. Esto significa que la sociedad no puede ser concebida ni como una interacción ni como una sumatoria de las mismas. La interacción presupone a la sociedad.

Dadas las características de los sistemas interactivos, la pregunta que sigue es cómo se viabiliza el orden social en ellos. Goffman busca la respuesta a este interrogante en el análisis detallado de los procesos que se desencadenan cuando se rompen las reglas de la interacción; es decir, cuando las expectativas en torno al comportamiento interactivo son defraudadas por las acciones de uno de los participantes (Gonnnet, 2020).

Cuando en una interacción conversacional alguien infringe las reglas de conducta, la desorganización social se experimenta como embarazo –incomodidad-, y los actos que lo provocan son para nuestro autor “meteduras de pata”. Frente a estas circunstancias, se hace necesario algún tipo de restablecimiento del orden. O bien, la persona ofendida puede tomar una actitud radical y retirarse por ejemplo, o bien –y es lo que más habitualmente sucede- se responde con tolerancia, aquí volvemos a traer a colación la noción ya mencionada de “compromiso de convivencias”. El mismo permite mostrar que no son necesarios consensos profundos entre los participantes de la interacción para que esta funcione adecuadamente, basta con ciertos acuerdos superficiales. El único consenso real entre los individuos es el del deseo de mantener un compromiso de conveniencias. Ahora bien, esta explicación sobre los consensos resulta en algún punto insuficiente, por eso, va a completarla más adelante argumentando que existe una dimensión moral, constitutiva del sistema interaccional y que tiene que ver con en el cuidado de la “cara” o del “social- self” de las personas que en ella participan. Goffman propone que el cuidado de la cara es funcional al orden de la interacción, aquí cobra relevancia la dimensión ritual de la interacción (Gonnnet, 2020).

Collins (1996) sostiene que mientras que para Durkheim un ritual es un tipo de configuración particular de seres humanos que enfoca su cuerpo, su atención y sus emociones de un modo específico. Goffman añade a esto una nota aún más materialista: los rituales son análogos a una función de teatro. Se trata de representaciones en las que participamos y que, como tales, requieren una verdadera escenografía: vestuario, decorados, butacas para el público.

En la interacción, lo que cada uno dice cuenta, pero lo que uno hace es igual de importante. Por esta razón, el “trabajo de la cara” es permanente. Si mostramos una cara incongruente con la imagen que pretendemos representar, difícilmente lograremos influir a los otros y conseguir lo que procuramos. Esto nos obliga a un permanente monitoreo de la situación y de las expectativas de los demás. Este monitoreo no tiene que ser consciente sino que normalmente opera a nivel práctico. Sin embargo, esto no quiere decir que todo el tiempo tengamos que estar en constante tensión. Evidentemente, hay espacios donde podemos abandonar momentáneamente la imagen que queremos representar y relajarnos. Para describir estos espacios, Goffman emplea una metáfora teatral. Cuando estamos en el escenario de la interacción debemos mantener nuestro papel, de ser posible, hasta las últimas consecuencias. Un comerciante si quiere vender, tiene que ser amable y educado con el cliente todo el tiempo. Incluso si tiene problemas personales graves, éstos no deben influir su papel como “vendedor competente”. Si el cliente llega a percibir que el vendedor está molesto o que hace las cosas a desgana y por esta razón decide no comprar, la representación del vendedor habrá fracasado. Pero cuando el vendedor está “tras bambalinas”, por ejemplo en un lugar destinado para empleados, puede relajarse y desprenderse del rol, puede hablar de lo que quiere, etc. (Galindo, 2015)

Hay, en consecuencia espacios donde podemos relajarnos y “quitarnos la máscara”, sólo para asumir otra máscara: la de una persona chistosa, hábil en deportes, etc.. Por eso mismo, la pregunta por el “yo verdadero” de un actor es imposible de contestar. La modernidad ha traído consigo una diversificación de funciones y sus correspondientes roles con tal magnitud que se ha hecho necesario desarrollar una multiplicidad de imágenes. La identidad se disuelve en “las identidades” al mismo tiempo que la distancia entre expectativas sociales (roles e imágenes de sí estandarizadas) y expectativas individuales (auto-idealizaciones) se incrementa. Sin embargo, el actor no sólo padece este distanciamiento. En toda situación social hay un esfuerzo por parte del actor para introducir una cierta “dosis” de individualidad en el rol y en su correspondiente imagen estandarizada. A esta dosificación de la individualidad en el rol Goffman lo llama: distancia del rol (Galindo, 2015).

El concepto de la distancia del rol no sólo remite al “margen de maniobra” que los individuos poseen para rechazar la imagen estandarizada de un determinado rol (introduciendo así una cierta dosis de individualidad en el rol) sino también a la competencia al actuar. Un ejemplo paradigmático sería el médico que durante una operación complicada le cuenta un chiste al médico joven e inexperto que le asiste. El médico, un actor competente en su función, dueño de su rol, puede distanciarse de la seriedad del rol y contar un chiste para relajar a su nervioso joven asistente. En este caso podemos observar con claridad que el asistente está completamente involucrado con el rol que desempeña y con su correspondiente auto-imagen. Se vería muy mal que

llegara contando chistes cuando todavía no sabe hacer bien su trabajo y, debido a estas distracciones, cometiera un error. Esto no sería interpretado en términos de la distancia del rol, sino como mera incompetencia. Observamos que en el orden de la interacción es posible modular la definición de la situación. Una situación seria puede devenir juego para después regresar a la seriedad. En el transcurso de un encuentro, un actor puede presentar decenas de imágenes de sí, sin que el encuentro se desmorone ante semejante dinamismo. Esto es posible debido a la existencia de marcos sociales que organizan la experiencia individual. (Galindo, 2015).

En el libro *Frame Analysis*. Los marcos de la experiencia, publicado originalmente en 1974, Goffman introduce un repertorio de conceptos para comprender los encuentros a pequeña escala. Así, un marco es aquello con lo que una persona da sentido a un encuentro y con lo que maneja una franja de vida emergente.

Dos son las afirmaciones básicas que se plantean en el libro. En primer lugar, que toda experiencia, toda actividad social puede contemplarse desde varios encuadres que se relacionan entre sí, se remiten unos a otros y se utilizan como modelos unos respecto de otros. En segundo que esta organización de la experiencia a partir de una multiplicidad de marcos se relaciona con las percepciones de las personas implicadas en cada una de las situaciones producidas.

Un ejemplo muy sencillo de cómo funcionan estos marcos lo retoma Galindo (2015). Cuando alguien nos hace una pregunta en una situación de interacción, por así decirlo, “normal”, estamos “obligados”, por educación, a responder. Hay ocasiones, sin embargo, en que la mera co-presencia no puede instruirnos sobre la estructura de la situación. Sólo el marco proporciona la información necesaria sobre el tipo de encuentro en el que estamos involucrados. Sabemos, por ejemplo, que si durante una obra de teatro un actor formula una pregunta no es necesario responderle. Está claro que, en este caso, nuestro silencio no será interpretado como una “falta de educación”. Más bien, el permanecer callados es algo que se espera de nosotros cuando estamos en el teatro. Cuando algo pasa y la membrana que separa a actores y público se ve amenazada, todos deben esforzarse por mantener el marco. El actor no debe distraerse cuando a alguien se le ha olvidado apagar su teléfono celular y, justo a mitad de la función, recibe una llamada. Mediante los marcos, es posible distinguir aquello que está “adentro” de aquello que está “afuera” de una determinada situación.

Ahora bien, los marcos no sólo ayudan a definir el tipo de situación social en lo particular sino en lo general. Para poder llevar a cabo esta definición general de la situación hacemos uso de lo que Goffman (2006) denomina “marcos primarios”. Los marcos primarios son de dos tipos: naturales y sociales –esta idea la desarrolla en el capítulo 2 del libro-. Mediante los marcos naturales ordenamos aquellos eventos cuya causa no puede ser atribuible a agencia humana alguna. Estos marcos permiten la identificación de fenómenos como “fenómenos naturales”. Por su parte, el empleo de marcos sociales implica recurrir a la identificación de la agencia como causa de los eventos. El uso de los marcos primarios nos permite diferenciar entonces lo social de lo no-social. La realidad no es algo que “esté ahí” sino algo que, para ser interpretado, necesita ser sometido a un marco. En este sentido puede afirmarse que hay tantas realidades como marcos interpretativos. Los marcos, sin embargo, no operan como estructuras que se ejecutan a sí mismas, ya

que siempre hace falta la participación activa del actor en la labor interpretativa. Así las cosas, el concepto de marco de Goffman, como sugiere Galindo (2015), puede pensarse como una bisagra capaz de articular la estructura con la acción.

Tras esta exposición general de la propuesta de Goffman, en el siguiente apartado ofrecemos una descripción esquemática del modo en que abordamos la perspectiva dramaturgica en el espacio destinado a los trabajos prácticos. Para ello, nos focalizamos en una de sus publicaciones: La presentación de la persona en la vida cotidiana, cuya primera edición es de 1959.

## **La presentación de la persona en la vida cotidiana: claves para su lectura**

En el curso, nos concentramos en una selección de textos del libro en su edición del año 1997, que incluye el prólogo (páginas 11 y 12), la introducción (páginas 13 a 28) y algunas secciones del capítulo 1, Actuaciones (páginas 29 a 87). Nuestro análisis comienza con una lectura detallada del prólogo, en el que, en sólo cinco párrafos desplegados en poco más de una carilla, se nos ofrece mucha información sobre el contenido del libro, incluyendo su objeto, la perspectiva analítica con que se lo estudia y los materiales empíricos empleados para ilustrarla.

En el primer párrafo, Goffman establece con precisión el objeto de su libro. Nos dice que su intención es presentar un marco de referencia —esto es, un conjunto articulado de categorías— aplicable al análisis de la vida social que transcurre en establecimientos concretos. Sin embargo, tanto en el prólogo como en el resto de los fragmentos seleccionados, el concepto de establecimiento no es definido. Por esa razón, recuperamos un párrafo de las conclusiones en donde los establecimientos son presentados como “todo lugar rodeado de barreras establecidas para la percepción, en el que se desarrolla de modo regular un tipo determinado de actividad” (Goffman, 1997, p. 254). Para esclarecer esta definición abstracta, nos resulta útil presentar algunos ejemplos, entre los que podemos mencionar la oficina contable de una fábrica, un aula en la que tiene lugar una clase, un quirófano en el que se lleva adelante una operación y un departamento en el que se reúne un grupo de amigos. Junto a esto, indicamos que estos establecimientos suelen formar parte de otros más amplios, en los que transcurren en forma constante y simultánea numerosas actividades, con personas que circulan entre uno y otro espacio, dando lugar a nuevas actividades que tienen también un carácter específico. Así, en la fábrica también hay una oficina en la que trabaja el gerente y una línea de montaje en la que desarrollan sus actividades los operarios, el aula se encuentra en una universidad en la que también hay una oficina de decanato, laboratorios de investigación y un comedor, el quirófano se encuentra en un hospital en el que hay múltiples consultorios, salas de espera y oficinas administrativas, y el departamento es parte de un edificio con otros departamentos similares en el que diversos individuos y familias despliegan sus actividades cotidianas.

El trabajo que realizamos con la definición del concepto de establecimiento y los ejemplos aludidos nos sirve, en el marco de la presentación de la perspectiva goffmaniana, por dos

razones. En primer lugar, porque nos permite precisar cuál es, según este autor, el objeto de su libro y así hacer un comentario general sobre su contenido. En segundo lugar, debido a que en su perspectiva analítica los escenarios en que se despliegan las interacciones son constitutivos de las acciones de los individuos y no un mero accesorio. Las puertas, los cuadros y los escritorios, y cualquier otro elemento del escenario que podamos añadir, operan como símbolos que indican a los participantes de las interacciones qué puede y qué no puede hacerse en ellas, qué puede esperarse y qué no puede esperarse de cada uno de ellos. Así, por ejemplo, los (en ocasiones múltiples) diplomas que los médicos cuelgan en las paredes de sus consultorios, a sus espaldas y de frente a sus pacientes, no son un adorno casual, indican competencia y contribuyen al establecimiento de una interacción en la que, se pretende, el saber y la autoridad estarán preferentemente de un lado de los participantes. No obstante, y aun cuando no dejamos de enfatizar esto en el análisis que hacemos de los materiales con que trabajamos, volviendo una y otra vez sobre los ejemplos mencionados, luego de esta presentación preliminar del objeto del libro efectuamos una aclaración. Debido al objetivo central establecido en el programa de la materia, que consiste en contrastar y comparar tradiciones sociológicas a la luz del modo en que conciben la naturaleza de la acción y el problema del orden, indicamos que nuestro análisis de esta obra se abstraerá de los señalamientos específicamente referidos a los establecimientos y se concentrará en cómo esta perspectiva nos permite abordar esos nudos temáticos (la naturaleza de la acción y el problema del orden) en situaciones de encuentros o interacciones, de un modo que claramente se contrapone (o complementa) a otras ofertas de teoría propias de su período de gestación, centralmente el estructural-funcionalismo parsoniano —con el que, creemos, polemiza de manera más o menos directa— pero también enfoques como la etnometodología de Harold Garfinkel —y su recuperación de la fenomenología social schutziana— y la teoría del intercambio de George Homans.

Por las razones mencionadas, el paso siguiente en nuestra exposición hace foco en el segundo párrafo del prólogo, en donde el autor explicita su perspectiva analítica, centrada en la actuación o manejo de las impresiones por parte de los individuos que participan en las interacciones, motivo por el cual recibe el rótulo de perspectiva teatral o dramaturgica. El eje, como se nos indica en el prólogo, consiste en observar

(...) de qué manera el individuo se presenta y presenta su actividad ante otros, en las situaciones de trabajo corriente, en qué forma guía y controla la impresión que los otros se forman de él, y qué tipo de cosas puede o no puede hacer mientras actúa ante ellos (Goffman, 1997, p. 11).

Así, creemos, más allá del objeto explícitamente declarado por Goffman —presentar un marco de referencia para el análisis de la vida social que transcurre en establecimientos—, su libro lo trasciende. Ofrece, sin más, una perspectiva analítica con la que observar en detalle los mecanismos sutiles a través de los cuales los individuos, mediante representaciones de sí mismos y una atención constante a esas representaciones —las propias y las de sus interlocutores—, logran iniciar, sostener, corregir y culminar los múltiples encuentros que llevan a cabo diariamente,

en algunos casos por única vez y en otros —muchos— de manera reiterada y rutinaria, ya sea con personas conocidas o desconocidas. Con foco en la interacción, de esa forma, Goffman nos conduce a observar algo que hasta entonces estaba ausente en la mirada sociológica, la importancia de la autoexpresividad para el desarrollo de la vida en sociedad y el modo en que se manifiesta, tal como lo indicamos en el apartado previo.

Con lo anterior, preparamos el terreno para lo que será el punto nodal de nuestro tratamiento de la perspectiva dramaturgica. Antes, sin embargo, nos reservamos un último comentario sobre información adicional contenida en el prólogo, referida a los materiales empíricos con los que Goffman ilustra su perspectiva. Según nos dice, tienen un carácter heterogéneo y fragmentario, incluyendo investigaciones realizadas con otros propósitos por él u otros investigadores, piezas literarias y crónicas periodísticas. Tal como argumenta, y desde nuestra experiencia de lectura acordamos, esos materiales “encajan (...) en un marco coherente (...) que une los fragmentos vivenciales ya experimentados por el lector y brinda al estudioso una guía que merece ser sometida a prueba en los estudios de casos de la vida social institucional” (Goffman, 1997, p. 12). Siguiendo ese espíritu, utilizamos permanentemente esos ejemplos como un modo de buscar que las y los estudiantes puedan remitir los conceptos más abstractos de esta perspectiva a sus propias experiencias, de un modo que facilite su captación. Asimismo, como parte de esta tarea les solicitamos nuevos ejemplos, para promover la observación de sus experiencias cotidianas desde esta nueva perspectiva.

Luego de las indicaciones anteriores, nos concentramos en el contenido de la introducción. Si miramos cómo está organizada la exposición en ese capítulo, observamos que Goffman no aborda directamente su objetivo ni lo explicita. Por el contrario, comienza por una serie de comentarios a propósito de lo que ocurre cuando dos personas se encuentran e inician una interacción, copiosamente ilustrados por ejemplos, y progresivamente va ganando en abstracción, hasta llegar a la sistematización conceptual que efectúa en las páginas finales (27 y 28) en las que define las nociones de interacción social, encuentro, actuación, audiencia, papel, relación social, rol y estatus. Atendiendo a estas consideraciones, nuestra estrategia expositiva persigue un doble objetivo. Por un lado, orientar a las y los estudiantes en la lectura del texto de modo tal que, desde el inicio, resulte claro cuál es el punto de llegada de esos diferentes ejemplos que no es sencillo hilar en lecturas iniciales, como lo muestra nuestra experiencia en sucesivos cursos. Por otro lado, promover que la sistematización conceptual realizada al final del capítulo no sea tomada meramente como un conjunto de definiciones a memorizar sino como el esfuerzo, por parte de Goffman, de condensar un argumento desplegado a lo largo de las páginas precedentes. Así, nuestro trabajo comienza por la lectura y análisis de cada una de esas definiciones, a efectos de mostrar hacia dónde se orienta el argumento que iremos desplegando paso a paso. También, para enfatizar que la riqueza del capítulo no se encuentra en esa sistematización conceptual, o al menos que no se agota allí, sino que se sostiene en las páginas que las preceden y no se entiende sin ellas. Nuestra intención, de esa forma, es mostrar el cambio que se opera en la lectura de esas definiciones antes y después del trabajo de análisis realizado sobre las páginas precedentes.

Tras esto, siguiendo en detalle a Goffman, la situación de la que partimos para organizar el trabajo de análisis textual es lo que ocurre cuando dos o más individuos se encuentran. Cada uno de ellos será, mientras dure la interacción, a la vez actuante y audiencia. Los dos, asimismo, buscarán definir la situación (y mantenerla), esto es, establecer qué será lo que harán juntos, qué estará permitido y qué no para cada uno de ellos, cómo pueden exigir ser tratados por el otro y qué puede exigir el otro con respecto al trato que se le dispensará. Por esta razón, Goffman comienza señalando que ambos, siguiendo razones prácticas —las que acabamos de mencionar, vinculadas a lograr una definición compartida de la situación y llevar adelante la interacción, sea cual fuere el fin de esta, por ejemplo adquirir un bien, realizar un trámite, pasar un momento agradable u organizar sin necesidad de que medien palabras la espera y posterior ingreso al transporte público—, tratarán de obtener información del otro, ya sea que lo conozca o no. Les interesará saber, para mencionar algunos de los ejemplos que brinda Goffman en la página 13, cuál es el nivel socio-económico del otro, qué concepto tiene de sí mismo, cuál es su actitud hacia él y cuál es su nivel de competencia y grado de integridad moral, en qué estado de ánimo se encuentra, entre otras cuestiones (Goffman, 1997). Así, frente al interés de poder llevar adelante un encuentro, el otro aparece como una cifra a interpretar, algo que se vuelve posible justamente a partir de su actividad significativa o lo que Goffman llama expresividad. Las personas, en tanto actuantes en una interacción, se expresan, ya sea de manera voluntaria o involuntaria, y esto es algo que para los otros participantes de una interacción, a efectos analíticos su audiencia, genera una impresión —buscada o no, exitosa o fallida en su propósito— que hace su aporte a la definición compartida de la situación. El análisis de Goffman, si se nos permite una imagen, observa a nivel microscópico lo que ocurre en esa situación.

En relación con esto último, y para ilustrar la forma sutil en que esta perspectiva capta el papel de las representaciones en el desarrollo de las interacciones —y, de manera más general, el modo en que allí se produce gran parte de lo que entendemos como la vida en sociedad—, rescatamos dos cuestiones. En primer lugar, cómo Goffman nos advierte sobre el doble carácter de la expresividad, pues existe una expresividad que el individuo da —se trata del uso explícitamente reconocido de símbolos compartidos con el fin de transmitir información, ya sea por medio del lenguaje o equivalentes, como gestos o imágenes impresas— y otra que emana de él, que es considerada por su audiencia como sintomático de su comportamiento, algo que no busca expresar adrede pero resulta clave para la credibilidad o eficacia de la representación. Es importante resaltar que no es la intención lo que separa a una y otra sino la percepción de esa intención por parte de la audiencia, algo que se aclara cuando se considera la transmisión de información errónea o falsa, que, indica Goffman, en el primer caso es engaño y en el segundo fingimiento. Es fácil, para aclarar esto, imaginar a una persona que quisiera evadirse de una responsabilidad laboral y, para lograrlo, acompañara el comentario de que se encuentra enferma—sin estarlo— con una peculiar modulación de la voz, una determinada postura o ciertos gestos faciales. En segundo lugar, el análisis detallado de lo que Goffman llama el “juego de la información”, vinculado al doble carácter de la expresividad recién mencionado. Según este juego, quien en términos analíticos ocupa la posición de audiencia, enterado de la



posibilidad de que su interlocutor busque engañarlo intencionalmente, mediante la trasmisión de información que no confiesa usar, es decir, controlando la expresividad que supuestamente emana de él, puede sospechar de la representación que se le ofrece. Por su parte, el actuante, atento a la posibilidad de esa sospecha, puede anticiparse y redoblar los esfuerzos para controlar aquellos aspectos que podrían traicionar su representación. En última instancia, nos dice Goffman, la ventaja siempre queda del lado de la audiencia, porque es difícil evitar que queden cabos sueltos. Son muchos los ejemplos de nuestra vida cotidiana con los que podríamos ilustrar esta situación, pero un recurso cinematográfico utilizado en más de una ocasión es elocuente: el momento en que el villano, en desventaja frente a su adversario, intenta convencerlo de que sus intenciones no son malas —que las cosas no son lo que parecen, que nadie quiere hacerle daño— pero es traicionado por un aspecto de su comportamiento que no logra controlar, por ejemplo una gota de sudor que recorre su sien.

Luego de esta presentación, y tras mostrar este doble papel que asumen los individuos en sus encuentros, el de actuante y audiencia, y todo lo que esto implica en términos del manejo de las impresiones, podemos dar un paso más y observar lo que Goffman tiene para decir a propósito de lo que logran de manera conjunta. Según nos dice, a partir de estas representaciones y su interpretación, llegan en forma compartida a una única definición de la situación, que establece qué es lo que podrán hacer mientras dure ese encuentro. Este hecho, definido por Goffman en las páginas 21 y 22 como un “working consensus”, un “consenso operativo” o “consenso que está funcionando”, implica que las diferentes definiciones de la situación proyectadas por todos los participantes en la interacción suelen ser lo suficientemente coincidentes como para que el encuentro fluya sin mayores complicaciones, aun si se tratara de una interacción entre personas que, por alguna razón, se encontraran enfrentadas. La propia forma que asumirá su disputa, nos aclara Goffman en una nota al pie, será parte de ese consenso operativo y esto incluirá, por ejemplo, definir el tono de voz apropiado o el punto hasta el cual pueden llegar los agravios (Goffman, 1997).

Este consenso operativo, también definido por Goffman como un *modus vivendi* interaccional, no involucra que los participantes realmente crean en todo lo que está ocurriendo, en la realidad de sus propias representaciones y de las que ofrecen sus interlocutores. Se trata, por el contrario, de una “fachada de consenso” (Goffman, 1997, p. 21). En esta instancia, Goffman introduce un nuevo aspecto de su perspectiva según el cual, vemos, esa realidad que emerge cuando dos o más individuos se encuentran, ese *modus vivendi* interaccional, es apuntalada por elementos que la trascienden. Según nos dice, en la sociedad existen una serie de valores morales que sus miembros, crean o no en ellos, se ven obligados a apoyar de palabra. Estos valores morales, en gran medida, aluden a las propias representaciones que llevan adelante quienes participan en una interacción, a partir de las cuales se define aquello que harán en forma conjunta. Esto implica, desde la perspectiva de quien lleva adelante una actuación, dos aspectos. De un lado, la posibilidad de exigir por parte de la audiencia un trato acorde a la representación realizada. De otro lado, el compromiso de ser realmente quien se dice ser conforme a la proyección realizada. Por esta razón, plantea Goffman, los encuentros y la “fachada

de consenso” consecuente contienen siempre una amenaza latente: la de que surjan hechos que pongan en tela de juicio las impresiones que inicialmente permitieron una definición compartida de la situación, situación en la que los involucrados experimentan “el tipo de anomia que se genera cuando el pequeño sistema social de la interacción cara a cara se derrumba” (Goffman, 1997, p.24), con sentimientos asociados de vergüenza, hostilidad e incomodidad. Sin embargo, y atentos frente a esta posibilidad, los involucrados en interacciones despliegan una serie de cuidados sin los cuales esas situaciones serían mucho más frecuentes. Goffman llama a esto prácticas preventivas (para evitar que ocurran esas disrupciones) y correctivas (para repararlas en caso de que hayan ocurrido), que tienen lugar desde los dos roles analíticamente diferenciados en la interacción, actuante y audiencia. En el primer caso, se trata de prácticas defensivas. En el segundo, de tacto o prácticas protectivas. En conjunto, nos dice Goffman, “comprenden las técnicas empleadas para salvaguardar la impresión fomentada por un individuo durante su presencia ante otros” (Goffman, 1997, p. 25).

Con lo anterior, concluimos nuestra exposición de los que consideramos algunos nudos centrales de la perspectiva dramaturgica, tal como son presentados por Goffman en el capítulo introductorio. Sumamos, a esta presentación, una selección de fragmentos del capítulo 1, Actuaciones, que profundizan o complementan lo expuesto. El título del capítulo es elocuente en cuanto a su contenido, y se concentra efectivamente en lo que, en términos analíticos, identificamos como el desarrollo de una actuación por parte de los participantes de una interacción o encuentro. En particular, nos resulta relevante rescatar tres cuestiones.

En primer lugar, y con implicancias importantes en términos del modo en que la sociología puede pensar la relación entre individuo y sociedad, el modo en que Goffman entiende que los individuos se relacionan con las representaciones que llevan adelante, con los papeles que representan. Al respecto, y frente a las acusaciones que ha recibido por resaltar la relación cínica que los actuantes mantienen con respecto a sus papeles —su caracterización como “mercaderes de moral”—, creemos que una lectura más adecuada consiste en postular que, para Goffman, el foro interno cae por fuera del análisis sociológico. Lo importante y lo que es pasible de análisis, siempre, es la capacidad para llevar adelante representaciones convincentes, sean o no creídas por quienes las actúan. Para dar cuenta de esto, resulta esclarecedor el primer apartado del capítulo, Confianza en el papel, en el que Goffman establece claramente que la relación con el papel representado puede oscilar entre la sinceridad y el cinismo. En el contexto de la historia de la teoría sociológica, se debe resaltar que estos desarrollos son contemporáneos del auge estructural-funcionalista, corriente para la cual la introyección de valores compartidos bajo la forma de normas era un aspecto central en la conformación de la personalidad, complementario —y por lo tanto, fundamental en la explicación del orden social— de su institucionalización en sistemas sociales (esencialmente, en roles).

En segundo lugar, cómo esas interacciones —con todo lo que fue explicado en términos de manejo de las impresiones— no son meramente el resultado de la actividad representacional de los individuos —sin la cual, sin embargo, no tendrían lugar— sino que descansan en creaciones colectivas que las trascienden y apuntalan. En este punto, es fundamental lo presentado por

Goffman en los apartados Fachada e Idealización. Antes, dijimos que a efectos de definir la situación, de establecer qué es lo que será posible y qué no en encuentro, los involucrados buscan información en sus co-participes, se dejan impresionar por su expresividad. En este marco, el concepto de fachada —que no se debe confundir con la noción de “fachada de consenso”— refiere a la parte de la expresividad individual que funciona de manera regular y prefijada, que es, por decirlo de alguna manera, habitual encontrar asociada a roles o actividades específicos. Sin entrar en detalles sobre sus características —su descomposición en un medio y una fachada personal, que a su vez involucra modales y apariencia—, resulta fundamental el hecho de que estas fachadas son creaciones colectivas y, como tales, “suelen ser seleccionadas, no creadas” (Goffman, 1997, p. 39). Así, en gran medida, lo que hacen los individuos, no sólo en su aspecto técnico —por ejemplo, diagnosticar una enfermedad, vender un auto, dar una clase, aconsejar a un amigo— sino también en cómo lo hacen, en el sentido de todas las escenificaciones asociadas a esas actividades, no descansa en la inventiva individual sino en la adaptación a pautas preestablecidas, que prescriben, por ejemplo, el uso de determinada vestimenta, la adopción de un carácter serio o relajado, la atención que se presta al otro, etc.

Por último, a partir de lo expuesto en el apartado Idealización, podemos insistir en el hecho de que la representación que ofrecen los actuantes es en gran medida idealizada, al incorporar o ejemplificar valores oficialmente acreditados de la sociedad. Como vimos, más allá de lo que el individuo crea internamente sobre esos valores. Así, recuperando a la escuela funcionalista, en la línea de Durkheim y Radcliffe Brown, Goffman plantea en la página 47 que la actuación puede ser considerada como una ceremonia que reafirma y rejuvenece los valores morales de la sociedad.

## Balance

A modo de cierre del capítulo, nos interesa destacar que Goffman, además de haber sido un observador detallista de las realidades microsociales, de lo infinitamente pequeño, fue un teórico que desarrolló muy finamente el problema de la interacción para la sociología, brindando una batería de conceptos teóricos para abordarlo y problematizando aspectos de la vida social que ningún otro sociólogo de la época problematizaba, todo ello, generalmente acompañado de ejemplificaciones empíricas concretas, que vuelven ese complejo andamiaje, claramente aprehensible al lector.

Si bien muchos lo consideran un importante teórico, por diversas razones no todos desarrollaron la misma apreciación (Ritzer, 1997), desplegando críticas en distintas líneas. Una de ellas, relacionada con el nudo problemático que recorre la materia -el problema de la acción y el orden social- se vincula con señalar que se interesó excesivamente en el análisis de lo microsocial y en la observación de los detalles de la vida cotidiana, descuidando la dimensión macro de los espacios sociales, y en particular, para decirlo sin rodeos, el estudio de las estructuras económicas, políticas, sociales o culturales que también organizan, incluso “desde lejos”, la vida de los

individuos. El enfoque sería demasiado simétrico: el estudio de las relaciones cara a cara presupone cierta igualdad, o una capacidad de respuesta, que llevaría a una disminución de la dureza relaciones sociales. En esta línea y con dureza, por ejemplo Gouldner sostiene que

(...) Como teoría social se detiene en lo episódico y contempla la vida como si solamente tuviera lugar en un ámbito interpersonal estrecho, ahistórico y no institucional; una existencia más allá de la historia y la sociedad, que solo adquiere vida en el “encuentro” fluido y efímero. A diferencia de Parsons -que ve en la sociedad una elástica y maciza pelota de goma, todavía utilizable aunque se le arranquen los trozos-Goffman presenta una imagen de la vida social que no sugiere estructuras sociales firmes y bien delimitadas, asemejándose en cambio a una intrincada pasarela floja y oscilante, por donde los hombres corren de aquí para allá precariamente (Gouldner, 1973 p. 348).

## Bibliografía

- Alexander, J. (1997). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial* Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. (1983). Erving Goffman, discoverer of the infinitely small, *Theory, Culture and Society* 2(1), 112-113.
- Collins, R. (1996). *Cuatro tradiciones sociológicas* México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Galindo, J. (2015). E. Goffman y el orden de la interacción. *Acta Sociológica*, 66, 11-34
- Goffman, E. (1991). *Los momentos y sus hombres*. Textos seleccionados y presentados por Yves Winkin. Barcelona: Paidós.
- Goffman, E. (1994). *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (2006). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (2006). *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid: CIS.
- Gonnet, JP (2020). ¿Por qué la interacción? Una reconstrucción de los escritos tempranos de Erving Goffman. *Revista de la Universidad de Costa Rica*, 99(01), 1-20.
- Gouldner, A. (1973). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Joas, H. (1995). Interaccionismo Simbólico, en A. Giddens y J. Turner (comps.) *La teoría Social Hoy*. (112-154). Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Joas, H. y Knobl, W. (2016). *Teoría Social. Veinte lecciones introductorias*. Madrid: Akal.
- Lozano Maneiro, B. (2003). En el aniversario de Erving Goffman (1922-1982). *REIS*, 102(3), 47-61.
- Ritzer, G (1997). *Teoría Sociológica contemporánea*. México: Mac Graw Hill.
- Rawls, A. (1987). The interaction order sui generis: Goffman contribution to social theory. *Sociological Theory*, 5(2), 136-149.
- Winkin, Y. (1991). Presentación general: Erving Goffman: retrato del sociólogo joven. En E. Goffman. *Los momentos y sus hombres*. (11-85). Barcelona: Paidós.

## Sección de apoyo didáctico

### Bibliografía básica recomendada

- Goffman, E. (1991). *Los momentos y sus hombres*. Textos seleccionados y presentados por Yves Winkin. Barcelona: Paidós.
- Goffman, E. (1994). *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (2006). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (2006). *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid: CIS.
- Goffman, E. (2006). *Estigma La Identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu

### Bibliografía complementaria

- Collins, R. (1996). *Cuatro tradiciones sociológicas* México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Drew, P. y Wooton, A. (1988). *Erving Goffman: Exploring the Interaction Order*. Cambridge: Polity Press.
- Denzin, N. y Keller, C. (1981). Frame Analysis Reconsidered. *Contemporary. Sociology*, 10, 52-60.
- Ditton, J. (1980). *The View From Goffman*. Londres: Macmillan.
- Joas, H. (1995). Interaccionismo Simbólico, en A. Giddens y J. Turner (comps.) *La teoría Social Hoy*. (112-154). Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Joas, H. y Knobl, W. (2016). *Teoría Social. Veinte lecciones introductorias*. Madrid: Akal.
- Joseph, I. (1999). *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa.
- Marrero-Guillamón, I. (2012). Descentrar el sujeto. Erving Goffman y la teorización del sujeto. *Revista Internacional de Sociología*, 70(2), 311-326.
- Ribes, A.J. (2020). Goffman y las situaciones sociales: algunas enseñanzas teórico-metodológicas. *REIS*, 29(2), 285-300.
- Vanderstraeten, R. (2001). The School Class as an Interaction Order. *British Journal of Sociology of Education*, 22(2), 267-277.

### Investigaciones Aplicadas

- Garriga, J. y Galvani, I. (2014). La escuela de policías no es una abadía del siglo XIII. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Recuperado de: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.4264/ev.4264.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4264/ev.4264.pdf)
- Quattrini, D. (2016). Sin-vergüenza. Análisis goffmaniano de la capacitación en un programa de empleo. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14 (2) ,1291-1302.
- Payá, V. (2006). *Vida y muerte en la cárcel, estudio sobre la situación institucional de los prisioneros*. México: UNAM/Plaza y Valdés.

Villanueva Lozano, M. (2019). Discriminación, maltrato y acoso sexual en una institución total: la vida secreta de los hospitales escuela. *Revista interdisciplinaria de estudios de género* 5 (1), 1-35.

## Sitios web con material suplementario

Canal de YouTube con material audiovisual sobre autores y perspectivas de sociología contemporánea: <https://www.youtube.com/c/Sociolog%C3%ADaContempor%C3%A1neaTV/videos>

Conferencia Magistral: "Goffman y la sociología de la situación: reflexiones en torno a la violencia. Seminario Institucional Sociología de las Emociones Coordinadora: Marina Ariza:

[https://www.youtube.com/watch?v=8v84KAJDxzl&ab\\_channel=CanalInstitutedelInvestigacionesSociales](https://www.youtube.com/watch?v=8v84KAJDxzl&ab_channel=CanalInstitutedelInvestigacionesSociales)

Breve video explicando la presentación de la persona en la vida cotidiana;

<https://www.youtube.com/watch?v=Nrjr7mbStOM>

## Guía de Actividades

Ver el cortometraje *The Lunch Date* (Adam Davidson-1989) donde se presenta una situación de interacción cara a cara en un espacio público. Analizar la trama teniendo en cuenta elementos teóricos provistos por la dramaturgia social tales como la autopresentación de sí y el uso de fachadas, el escenario y sus elementos simbólicos e indizaciones para la acción, etc.

Enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=6yX3RYISg7E>